



PARTE SEGUNDA

LA GUERRA DE TRES AÑOS

CAPITULO I

LOS FANATISMOS

I

El 21 de enero de 1858, la ciudad de México estaba de gran fiesta.

Las torres lucían grandes colgaduras, el Palacio y las principales avenidas de la ciudad se engalanaban con cortinas blancas y «moños verdes».

Cuando Iturbide, falseando la Independencia Mexicana, formó el Pabellón Nacional con los colores «encarnado, blanco y verde», dijo que simbolizaban por su orden, la «Independencia», la «Unión» y la «Religión».

Ningún asesino ha dejado de ser devoto.

El partido liberal tomó como insignia el color «rojo» y la reacción el «verde».

Los hombres lo ostentaban en las corbatas y las damas en sus trajes.

No podía dudarse de que la reacción era una guerra enteramente religiosa.

Ese día de festividad en que se solemnizaba el triunfo del Plan de Tacubaya y la caída del Gobierno liberal, se hacía gala de un gran regocijo.

Los clérigos y los frailes se abrazaban en las calles, las devotas resplandecían de júbilo, los santurrones se frotaban las manos, y las señoras acudían a la Plaza y a la Catedral como en el Corpus.

Los santanistas salían de sus escondites y todos se agrupaban en torno del general Zuloaga para inspirarlo.

Los conservadores se habían apoderado por completo de la situación y soñaban con un triunfo definitivo.

El Palacio estaba atestado de soldados, luciendo sus ya empolvados uniformes.

Los héroes de la Ciudadela contaban proezas y todos aspiraban a los ascensos, todos se jactaban de ser los defensores de la religión.

La crema de los retrógrados formaba el Consejo de Gobierno, que acababa de nombrar Presidente a Zuloaga, quien había ganado un grande albur a la fortuna.

En la Catedral se cantaba en honor de la victoria católica un verdadero «Te Deum»; porque los otros en honor de Alvarez y de Comonfort, habían sido falsificados, y se tenían por no cantados.

En ese día se derogó la ley de fueros eclesiástico y militar, la ley de subvenciones parroquiales, la desamortización y por último se declaró rota y quemada la Constitución.

Se reconstruía el «pasado», con todas sus preeminencias.

El clero y el ejército celebraban sus nupcias y se juraban fidelidad eterna.

II

En la casa de la viuda del señor Rentería, la tertulia se había ensanchado y allí se sabían todas las noticias y se comentaba la marcha del Gobierno.

Los dos clérigos amenizaban la reunión.

Las mellizas Eva y Carolina, estaban completamente retraídas: una, llorando a su novio ausente; la otra, hundida en un dolor acerbo y callado por la muerte del joven estudiante, a quien idolatraba.

El coronel Altúnez estaba en la tertulia.

—Señor coronel—decía un clérigo—, los periódicos se hacen lenguas de usted ponderando su arrojo en la toma del Hospicio.

Altúnez movió con pretensión la cabeza y no dejó de alarmarse por si se supiera que él había matado al estudiante.

—Este hombre es muy modesto—dijo la Pantoja—, pero aunque no quiera, tenemos que felicitarlo por su valor; dió un golpe tremendo; Dios había bendecido su espada.

—Señora—dijo el coronel—, mis deberes primero con la religión y luego para con mi bandera.

—Es verdad—dijo la vieja—; pero todo tiene sus límites, y usted se ha portado con femeridad. ¿No es verdad, Pablito?

Un joven elegantemente vestido, de fisonomía franca y decidida, mirada altiva, ancha frente, nariz correcta, bigote castaño y semblante desdeñoso, contestó:

—Señora, los soldados deben tener su momento, aunque no sea más que por una vez, y sería raro que no se portasen bien.

El coronel se mordió los labios.

—Sí—dijo la Pantoja—; pero algunos corren como liebres.

—No todos los que llevan el uniforme son propios para los combates.

— Pero usted reconocerá el valor de este caballero.
 — Señora, no tengo el honor de conocerlo; así es que no extrañaré que reserve mi opinión hasta evidenciar los hechos.
 — Esta casa me es fatal—murmuró el coronel.
 — Caballero—dijo Altúnez, dirigiéndose a Pablo—, yo no alardeo de valor.
 — Bien hecho—contestó el joven—; los valientes de tertulia son insoportables.
 Pablo estaba agresivo.
 — Es que el Hospicio—dijo la viuda de Rentería—era un punto inexpugnable.
 — Según quien lo defendiera—contestó Pablo.
 — Caballero, estaba bien defendido—observó el coronel.
 — No me parece—contestó Pablo—; además ya la situación estaba desmoralizada y fácil la victoria.
 — Es decir, que usted se inclina...
 — A la verdad—contestó Pablo.
 Los clérigos, que vieron venir la tormenta, mediaron con prudencia.
 — Señora, dejemos eso a un lado; al fin ya todo pasó; ahora quisiéramos de usted un gran favor.
 — Estoy a las órdenes de usted.
 — Pues deseamos saludar a las niñas: hace quince días que no les vemos las caras.
 — Voy a llamarlas.
 La señora obedecía ciegamente a los clérigos.
 La tertulia quedó en silencio y toda desabrida.
 Después de un cuarto de hora, en el que se conocía que la señora había emprendido una verdadera lucha con sus hijas, apareció con las gemelas medio llorosas, pero sumamente altivas.
 Todos se levantaron para saludarlas.
 Las jóvenes se dirigieron a Pablo y le tendieron la mano con cariño, después de inclinar reverenciosamente la cabeza ante los otros concurrentes.
 — Se habían olvidado ustedes de sus buenos amigos—dijo un clérigo—; ya estábamos inconsolables con su ausencia de tantos días.
 — Carolina ha estado enferma—dijo Eva.
 — ¡Ah! Entonces están disculpadas, disculpadísimas.
 — ¿Y usted, señorita Eva?—dijo el coronel.
 Eva aparentó no haber oído.
 — Eva—gritó la Pantoja—, a un soldado de Nuestro Señor Jesucristo, no se le deja sin contestación.
 Pablo se sonrió irónicamente.
 — No conozco a esos soldados—contestó Eva.
 — El coronel Altúnez ha peleado por la sagrada religión, y a él se le debe en gran parte la victoria.
 — Como yo no me preocupo con nada de eso—dijo Eva—, pido al señor que me dispense.

— Está usted dispensada, señorita.
 — Eva, da las gracias—gritó la señora.
 — Pues le doy las gracias al soldado de Nuestro Señor Jesucristo—contestó Eva, aparentando mucha naturalidad.
 El coronel estaba amordazado, porque hasta en los clérigos había notado una risa burlona, con las inoportunidades de la Pantoja.
 Pablo, dirigiéndose a Altúnez, le preguntó:
 — ¿Y usted no sale a campaña?
 — Precisamente venía a despedirme de la familia; hoy salió mi batallón, rumbo a Querétaro, y me tengo que reunir con él, lo más tarde dentro de dos días.
 — Pero ya el grueso del ejército está avanzado a Celaya.
 — Se debe estar batiendo con el ejército de la «coalición».
 — ¿Conque se han «coalizado» esos salvajes?—gritó la Pantoja.
 — Sí—dijo Pablo—; se han reunido las fuerzas de varios Estados, y esperan a los reaccionarios.
 — Pues serán derrotados; Dios está con los suyos.
 — ¿Y cuáles son los suyos?—preguntó Pablo con mucha sorna.
 — Caballero—gritó un clérigo—, los suyos son los que no han renegado de la religión de sus mayores, los que han permanecido fieles a las sagradas doctrinas, los que aman su tradición y respetan al sacerdocio; éstos, éstos son los suyos!
 — Es decir—dijo Pablo, con mucha calma—, que los que llevan corbata verde...
 — Precisamente—gritó el clérigo—; esa corbata verde, quiere decir religión; es la bandera de la fe.
 — Pero la llevan en el pescuezo.
 — Caballero, parece que está usted de buen humor, y yo no estoy para bromas.
 — Lo siento—dijo Pablo—, porque nos hubiéramos divertido un rato.
 — Es que yo no divierto a nadie, caballero.
 — Pero yo sí me divierto con todos.
 — Diga usted de una vez—gritó el clérigo—, que usted pertenece a esas chusmas desalmadas, que todavía intentan levantar la cabeza; pero se las aplastaremos, mal de su grado.
 — Vea usted—respondió Pablo, sin perder su sangre fría—: si usted es el que se las ha de aplastar, les doy de vida muchos años.
 — Yo personalmente, no; pero, por ejemplo, el señor coronel...
 — No me mezcle usted en su cuestión—dijo prudentemente el coronel.
 — Es que don Pablo no cree en usted ni en mí.
 El clérigo buscaba un aliado.
 — Soy ajeno a todo—contestó el coronel, porque comprendía lo difícil que era habérselas con el joven.

—¡Así son todos los soldados!—exclamó colérico el clérigo—Valientes con los desgraciados, y...

—No continúe usted—interrumpió el coronel—, y es necesario que sepa usted de una vez nuestra opinión, para que no se equivoque: nosotros peleamos por nosotros, por la conservación del ejército; ustedes nos llenan de medallas y de fruslerías, y nosotros aparentamos creer en todo, porque necesitamos dinero, y ustedes son ricos; pero no luchamos por la religión; ése es un pretexto para atraer al pueblo, y eso lo debemos confesar aquí entre nosotros.

—¡Ustedes no pelean por la creencia; sino por sus intereses, por sus bienes terrenales!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó la Pantoja, haciéndose aire con el pañuelo.

El coronel continuó:

—¿Pueden ustedes suponer que la juventud del ejército es de beatos y devotos? Bastante vergüenza nos da que los señores (dirigiéndose a Pablo) nos llamen santurrones y crean que estamos tirados a los pies de ustedes.

—¡Aire! ¡Aire!—gritaba el clérigo.

—Sí—continuó el coronel—; lucharemos hasta el último trance, porque se nos arrebatara el poder, la prerrogativa, la influencia, todo, y nos queda la humillación más degradante; ¿pero por ustedes?... ¡Ese es un sueño!

—¡Soldados al fin!—gritó el clérigo—Ya lo esperábamos; pero de todas maneras, y ya que aquí nos revelamos como somos, diré a usted, señor coronel, que no se nos esconda nada de lo que usted ha dicho; que clero y ejército nos estamos engañando; pero necesitamos de ustedes, y ustedes de nosotros para vivir; que nosotros los llamamos «héroes» por fuera, y por dentro, «nuestros gendarmes»; ¡que jugamos con su vida y con su sangre, como ustedes juegan con la religión y nuestro dinero!

—Estamos en la verdad—dijo el coronel.

—¡Pues qué!—continuó el clérigo—¿Cree usted que respetamos al imbécil de Zuloaga, a quien hemos puesto de Rey de Burlas, sólo para nuestros fines?...

¡No; nosotros queremos someter al pueblo, subyugarlo como ha estado hasta aquí, de rodillas a nuestras plantas y encadenado a nuestra voluntad... ¡Esta revolución comienza a despertarlo y es necesario combatirla con todas nuestras fuerzas, porque el día en que abra los ojos, será para aniquilarnos!... ¡Por eso nos levantamos para imponernos sobre las conciencias; pero sin quitar la vista del principio religioso que es nuestra guía!... ¡El protestantismo nos amenaza y es necesario proclamar la religión única con exclusión de todas, el catolicismo!... He aquí el secreto de nuestra liga.

—Si le parece a usted que abandonemos esta conversación—dijo el coronel—, les evitaremos un mal momento a estas señoras.

—Sea—dijo el clérigo.

—Pues ahora—agregó el coronel—, tengo que hablar con la señora, si ustedes me lo permiten.

—Venga usted por acá, caballero.

La señora y el coronel abandonaron la sala.

Los clérigos se despidieron, y Pablo quedó solo con las mellizas.

III

—He estado oyendo indignado—dijo Pablo—a este par de bribones.

—No necesitábamos más para conocerlos—dijo Eva.

—Ya ustedes comienzan a hacernos justicia.

—Enteramente—dijo Carolina.

—¿Qué secretos tiene con la señora el coronel?—preguntó Pablo.

—No sé, pero me figuro que ha de seguir en sus pretensiones.

—Ese hombre tiene una obstinación sospechosa.

—Sabe bien—dijo Eva—, que yo no tengo más amor que Manuel, que he comprendido el lazo indigno que le tendieron para arrancarlo de mi corazón, poniéndolo en la disyuntiva entre su honor y mi cariño.

—¡Qué infamia!—exclamó Pablo.

—Pero yo le he visto grande en su sacrificio y mi cariño ha crecido con la veneración hacia esa alma generosa y sublime.

—¡Pobre Manuel!—dijo Carolina.

—Pero yo sé bien—dijo Eva—, que se hombre me lleva en su corazón y en su memoria.

—Por supuesto—dijo Pablo—, ese lance horrible no ha hecho más que arraigar más y más el amor que siente por usted, Eva.

—Sí, yo comprendo y el corazón me lo dice, que por dondequiera que vaya Manuel, mi sombra seguirá sus pasos y mi amor llenará su alma... ¡Pobrecito, qué suerte le deparará el destino en la revolución!

—No tema usted, Eva; él volverá y ustedes serán felices.

—Tengo miedo a las insidias; mamá está dada cuerpo y alma a esos clérigos.

—Ya ve usted lo que acaba de pasar: creyeron que al ver a Manuel una causa que llaman en esta casa, de la herejía, me iba a poner la mano sobre el corazón, y a prescindir de mis afectos, y podría caer en brazos de ese coronel, que aborrezco con toda mi alma.

—Imposible—dijo Pablo.

—La mirada de ese hombre—dijo Eva—tiene mucho de siniestro; hay en el fondo un abismo oscuro que me espanta.

—¡Estamos solas; la única defensa, aunque débil, era mi buen padre!...

Las lágrimas asomaban en las pupilas de las gemelas.

—Vamos—dijo Pablo—, no hay que temer; yo nada valgo, pero velaré por ustedes; mi vida, antes de que a ustedes les pase una desgracia.

Las gemelas reclinaron la frente en los hombros de Pablo. Aquel joven, que era todo corazón, sintió que aquellas almas se le acercaban, y juró estar siempre a su lado.

Oyóse la voz de la señora que llamaba a Eva. Levantóse la joven, altanera y como dispuesta a un combate.

—¡Voy!—gritó, y tendiendo la mano a Pablo, le dijo:—¡Me sobra valor para afrontarlo todo!

—Piense usted en Manuel.

—Lo llevo dentro de mi alma. ¡Adiós!

IV

Quedaron solos Pablo y Carolina.

Hacia dos años que el joven visitaba la casa de Rentería. Pablo estaba enamorado de Carolina, pero habiendo observado sus amores con el estudiante, sus labios no se habían abierto, y el secreto permanecía oculto en el fondo de su corazón.

La mujer tiene una comprensión rápida; Carolina no había dejado inadvertido aquel afecto, y estimaba en mucho la delicadeza de Pablo.

—Carolina—dijo el joven—, la situación que guardamos me obliga a ser enteramente explícito, como corresponde a un corazón honrado.

Carolina no respondió.

—No creo ser inoportuno, porque no traigo pretensión alguna.

—Hable usted, Pablo—murmuró Carolina.

—Yo no sé mentir—dijo Pablo—; hace dos años conocí a usted, me fué en extremo simpática y la llegué a amar con adoración. Guardé silencio, porque temía una repulsa, y me contentaba con pasar las horas a su lado, sin franquear los límites de la reserva; pero conservando en mi alma un mundo de esperanzas.

Carolina escuchaba con atención.

Pablo continuó:

—Nada más susceptible que un corazón amante... Un día, día terrible para mí, me sorprendió la verdad en medio de mis sueños de amor: supe que usted amaba a otro, y ese otro era digno de ser amado.

Carolina inclinó la frente y una lágrima cayó de sus pupilas.

—¿Llora usted?—dijo Pablo—Hace usted bien; ésa es la ofrenda a los seres que nos han amado sobre la tierra.

Hubo unos momentos de silencio.

—Yo también le quería... Recuerdo esa tarde espantosa en que le vi cadáver sobre la camilla, con su faz dulce y sonriente como si la muerte no hubiera tomado posesión de aquella existencia agitada... Su herida estaba abierta y manaba sangre todavía.

—¡Horrible! ¡Horrible!—exclamó Carolina.

—¡Sí, horrible!—dijo Pablo—¡Juventud, esperanza, amor, todo envuelto para siempre en la noche eterna!

Pablo tomó una mano de la joven y le dijo cariñosamente: —No vengo a interrumpir ese justo dolor, ni a pretender que se seque ese llanto, ni menos que se levante sobre esa herida no cicatrizada, un nuevo amor, que sería un insulto a la angustia de una mujer cándida y pura como los ángeles; no, Carolina, quiero ser franco y leal hasta el último extremo, yo espero el día en que esa memoria se haya alejado de la tierra, a que la visión se haga celeste, y quede en los altares de la imaginación, impalpable, alada, como si nunca hubiera tocado este valle de miserias... ¡Entonces, el corazón tiene que abrirse a sus aspiraciones, el alma renace, las ilusiones tornan a encenderse y el amor vuelve a palpar, sin dejar en el olvido la imagen ya santificada por el llanto de los recuerdos!... Esa puede ser mi hora y la espero en silencio, y mis labios no volverán a abrirse; porque usted todavía puede volverse a otro lado.

—¡Por Dios!—dijo Carolina.

—Es la verdad—continuó Pablo—, tiene que suceder. ¿Y quién pudiera augurar para entonces, que si usted vuelve a amar, ha de ser a mí?

Carolina se había cubierto el rostro con las manos.

—Ya le he dicho a usted cuanto guardaba en el fondo de mi alma, y callo todos los sufrimientos, todas las ocultas humillaciones de que he sido presa durante este tiempo; ahora no quiero ser más que el amigo, el amigo sincero, dispuesto a sacrificar todo por ustedes, con toda la fe de mi honradez, con todo el cariño desinteresado de mi alma.

Carolina estrechó entre sus manos la mano trémula del joven, y en un arranque de mujer, le dijo:

—Pues bien; yo tengo una pesadilla espantosa, algo fatal que ha caído en el fondo de mi alma, como si se escondiera dentro de mi pecho un ángel malo.

—Hable usted, Carolina.

—Me va usted a juzgar mal.

—Nunca, Carolina, nunca.

—Mario vivirá en mi memoria y en mi corazón, hasta mi último día, si su sangre no es vengada; para pasar al cielo azul donde se van todas las ilusiones perdidas y dejar libre mi pensamiento, necesito que la justicia humana y divina queden satisfechas.

—Bien, Carolina, bien.

—Necesito—dijo exaltada la joven—encontrar un ser su-

perior, un hombre que se alce sobre el nivel de los demás, de grande espíritu y de fuerte aliento, para borrar mis recuerdos y tornar a la vida de la ilusión, a la existencia de las esperanzas.

¡Pablo veía con asombro a Carolina.

—Yo sé que el dolor no es eterno, que si la vida se deshoja por los pesares, vuelve a retoñar como el arbusto azotado por el invierno. Creo que mi juventud palpita y se estremece, creo que olvidaré, porque el corazón renace; pero no quiero renacer como el vulgo, sino con algo que me haga despertar de este letargo, una luz que envuelva todo mi ser y resucite mi corazón a las ilusiones y a las esperanzas.

—Es admirable esta mujer—murmuró Pablo.

—Si usted, ya que dice que me ama, y yo lo creo, fuese capaz de satisfacer mis aspiraciones; si usted fuese el hombre predestinado y que yo he forjado en mi cerebro, Pablo, usted sería alguna vez dueño de mi corazón.

Levantóse Pablo, como alucinado por el aliento poderoso de aquella mujer que lo fascinaba y lo absorbía por completo.

—Carolina, mi corazón se arroja a las sombras del abismo; usted ha trazado con los relámpagos de los ojos, mi camino. Me siento fuerte; el aliento de usted me comunica el valor desesperado que llega a la temeridad. ¡Mario será vengado!

—¡Bien, Pablo, bien!

—Cruje allá fuera la revolución, el humo de los combates envuelve los campos, el fulgor del trueno ilumina mi semblante, yo buscaré en las sombras al matador de Mario, y la justicia humana, como usted dice, y la divina, quedarán satisfechas.

—¡Pablo! ¡Pablo!—gritó la joven con entusiasmo.

—No soy el hombre de hace un momento; despierto en otro mundo que no es el que he pisado hasta ahora, raquítico y miserable; ¡voy al porvenir con mi amor y la venganza!... ¡Sí; me siento transformado, creo que en el ser del hombre se esconde algo grande, algo desconocido que lo transforma en héroe, en grande; pero que necesita algo que lo impulse, y el amor, la admiración que siento por usted, Carolina, es el incentivo de mi resolución! ¡Sí; volveré victorioso, me lo dice el corazón con sus agitaciones; pero no será esa victoria de todos, no; será una victoria mía, porque yo daré con el asesino!... ¡Adiós, Carolina; o no nos veremos nunca, o volveré a arrojarme a sus pies a demandarle ese cariño que es la esperanza de toda mi vida!

—¡Pablo, mi palabra está empeñada!

—¡Adiós!... ¡Adiós!

V

Pablo salió violentamente, se detuvo en la puerta y saludó por última vez a Carolina.

La joven sacudía su bellísima cabeza, y con los ojos encendidos y los labios de fuego, balbucía palabras incoherentes:

—¡Sí; la venganza!... ¡Sangre!... ¡Así brotaba su pecho!... Parece que su boca entreabierta me decía... ¡Véngame! ¡Un nuevo amor, imposible!... ¡Cuanto me rodea me espanta!... ¡Se gozan con mi dolor!... ¡Insultan mis lágrimas!... ¡Yo delante, altanera, con la muerte en el corazón, resistiendo este combate!... ¡Me cuentan sus victorias, se gozan con el exterminio! ¡Malvados!... ¡Y suenan los cantos sagrados solemnizando la agonía de los hombres y el último suspiro de los que acaban!... ¡Qué atmósfera tan pesada, me asfixia!...

La joven se arrojó sobre el confidente, cerró sus ojos y entró en el mundo exaltado de sus pensamientos.

VI

El coronel Altúnez había hecho un punto de amor propio casarse con Eva, contando con el apoyo de la madre y de los clérigos.

Fatalmente para él, se había puesto mal, merced al altercado que acababa de suscitarse; pero se prometía hacer el último esfuerzo.

La señora se había resfriado algo, pero sus ideas reaccionarias la inclinaban al lado del coronel.

—Señora—le dijo Altúnez—, estoy para salir a la campaña y desearía definir mi situación.

—Coronel, no depende de mí; creo que Eva ha prescindido de Manuel, al ver su obstinación y la repulsa altanera de volver al seno de sus creencias; esto la debe haber horrorizado.

—Está muy joven—dijo Altúnez—para que la impresionen las cuestiones religiosas.

—Caballero, Dios comenzó desde el principio.

—Es verdad, señora; yo quiero mostrarle cuánto es mi cariño y cuántas humillaciones he sufrido por él.

—Yo comprendo todo, caballero... Pero, en fin, si usted quiere hacer una última prueba, yo no tengo inconveniente.

—Pero yo desearía saber, señora, si sigo contando con usted.

—Como siempre, señor coronel.

—Entonces, a riesgo de recibir un nuevo desengaño, querría, en presencia de usted, siempre que me lo permita, decir mi última palabra a Eva.

—Piénselo usted bien, caballero.

—Ya está pensado de antemano, señora; no tengo otro camino; porque mañana ya estaré muy lejos.

—Podría usted aplazar para entonces.

—No, la duda es peor que el desengaño.

—Usted lo sabe, caballero.

—Estoy resignado a todo.

VII

La señora de Rentería se levantó y llamando a Eva la hizo sentar a su lado, y le dijo aparentando dulzura y benevolencia:

—Hija mía, yo me había opuesto a las relaciones con ese joven, porque tú conoces los sentimientos religiosos de la familia y recuerdo a tu buen padre, cuya pérdida lloro inconsolable.

La Pantoja se limpió una lágrima que no había en sus párpados.

—Tú has visto—continuó—que yo me presté a tu enlace y estaba resuelta a poner nuestra cuantiosa fortuna en sus manos, pero él, lleno de ingratitud y desconociendo mis sentimientos, prefirió arrojarse sobre el camino del mal, a los goces puros con una mujer a quien decía que amaba; todo lo derribó, todo lo despreció, prefirió seguir en la vía del crimen, porque es un crimen atentar contra la creencia de nuestros padres.

Eva hizo un gesto de impaciencia.

—Calma, hija, calma. No podías exigir más del cariño de una madre; pero la Iglesia se negó a bendecir esa unión y yo no pude impedirlo. ¡Ah, cómo lo sentí! ¡Pero ese hombre es culpable, él, y nada más!

Hubo un momento de silencio.

—Hija mía, yo, aunque no estoy cargada de años, porque aun puede decirse que he quedado joven todavía, no tengo guardada la existencia, y desearía tener la satisfacción de ver a ustedes formando un hogar, establecidas y felices.

Eva volvió a impacientarse.

—Decía—continuó la señora—que para realizar esta idea, aprovecho la oportunidad de que el señor coronel Altúnez, que tantas pruebas te ha dado de afecto, solicita nuevamente tu mano.

—Señorita—interrumpió el coronel—, antes de que usted responda a mis pretensiones, ruego a usted se sirva escucharme.

—Creo que será corto—dijo Eva—, porque ya mamá parece que lo dijo todo.

—Muy bien, esa advertencia me indica que aun continúa usted indispuesta conmigo; escúcheme usted, voy a hablar con la franqueza de un soldado.

—Si usted me lo permite, que sea con la de un caballero, porque los soldados me son antipáticos.

—Sea como usted guste, señorita, aunque los soldados somos también caballeros.

—Entonces, si lo son, no hay que apelar a lo soldado.

—Pues bien, señorita, creo que ningún hombre ha tenido más resistencia que la que yo he encontrado en usted.

Eva hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, nada ha sido suficiente para arrancar de mi corazón este cariño, ni aun las humillaciones de que he sido víctima. Abusando de mi situación se me ha escarnecido, se me ha abofeteado en presencia de usted. ¿Qué más puede suceder? ¿Qué espero?... Y no obstante, yo siempre amándola, siempre siguiendo el rumbo de sus miradas, y siempre con la esperanza, no ya de conseguir su amor, sino al menos su compasión.

—¿Ha concluido usted, señor coronel?

—Sólo tengo que añadir que, a pesar de seguir rechazado, no dejaré de amarla ni de sentir por usted el profundo cariño, que ha sabido despertar en mi corazón, y que si pude, en una vana disputa con un sacerdote, dejar caer palabras de impiedad, estoy arrepentido, porque yo soy creyente exagerado y lucho por mi religión y por mi honor de soldado.

—¿Ha concluido usted?

—Sí, y espero mi sentencia.

—Yo elogio los sentimientos religiosos de usted y todo eso de su bandera; casi le agradezco su afecto, el que yo no he querido provocar, y siento que usted haya sufrido por mí; pero mi respuesta usted la tiene viva hace mucho tiempo, puesto que conoce el hombre que yo amo.

—Me desespera usted, Eva.

—Me tengo en mucho, caballero, para rebajarme ante usted y más aun ante mí misma, prestando atención a sus declaraciones, porque eso querría decir que yo era una mujer sin corazón, una coqueta vulgar, que pasaba de amor en amor como soplo de viento, y que no tenía conciencia de mi dignidad de mujer ni de mi orgullo de señora. ¿Qué fe podría usted tener en mí, después de semejante infamia? Me ofende usted, caballero, con sus pretensiones; a no ser que lleve usted otro objeto, puede usted continuar en su obstinación.

—Esas palabras encierran una ofensa que no merezco.

—Usted merece todo, caballero, y aquí damos fin a la conversación; ¡yo amo a Manuel, y basta!

—¡Niña!—gritó la Pantoja—Eso es faltarme al respeto.

—Usted ha abierto una herida en mi existencia. ¡Oh! ¡Si mi padre viviera!

Entonces el coronel, furioso como un loco y ardiendo como si hubiera recibido un latigazo en el rostro, se levantó airado, cruzó por su mirada un relámpago del infierno, la espuma apareció en sus labios, su visaje se hizo espantoso, amenazador.

La señora Rentería dió un grito de espanto.

Eva se puso de pie como desafiando a aquel monstruo; parecía la estatua del destino, frente al genio de la fatalidad.

—Han cesado—gritó el coronel—las contemplaciones, voy a rasgar el vélo de mi pecho, a enseñar el abismo siempre oscuro de mi corazón.

—¡Hable usted!—gritó Eva—No siento miedo en presencia

de este desacato, en la casa de una familia honrada, y, en presencia de una dama.

— ¡Pues bien—dijo con voz ronca el coronel—, yo no sé si es amor u odio lo que siento, ni nunca me lo he explicado: hay un combate en mi pecho, una lucha infernal que me arrebató y caldea mis instintos de venganza!...

— ¡Usted ama y yo quiero hacer pedazos ese ídolo, desbaratarlo entre mis manos, para arrancar el corazón de usted con torrentes de lágrimas, y bañar el mío, ávido de venganza!...

La suerte me ha postrado a sus pies, a ese hombre le debo la vida, él me salvó en la batalla perdida, de caer en manos de mis enemigos y ser asesinado... Para algo me ha reservado el infierno; yo quiero vengarme de esa vergüenza, romper ese vaso donde se depositan tantas humillaciones... Eva, ayer en el asalto, buscaba a ese hombre a quien usted ama tanto, y tropecé con Mario; y yo, yo lo atravesé con mi espada.

— ¡Miserable!—gritó Eva.

— ¡Dios mío!—exclamó la viuda de Rentería.

— ¡Sí—continuó el coronel—; yo lo maté!

— ¡Salga usted de aquí!—gritó Eva— ¡Ni un momento más en esta casa en mi presencia!

— No; me tiene usted que oír todavía.

— Caballero, ¡salga usted!

— Me falta todavía. ¡Estamos en lucha, mañana salgo para la revolución, no voy a buscar un laurel, no aspiro al triunfo, no ataco a las multitudes anónimas, busco a un hombre y lo encontraré!

— Llámelo usted, que él vendrá—dijo Eva con risa sardónica—, ya usted lo conoce.

— ¡Sí, y aun siento su mano descargar sobre mi cabeza; pero eso no importa, yo lo que ansío es privar a usted de él, gozarme con su angustia, verla a usted tal vez a mis plantas!

— ¡Eso nunca!—gritó Eva— Si la existencia de Manuel estuviera en esas manos y de una sola palabra pronunciada por mi labio dependiera su salvación, yo no la pronunciaría.

— ¡Estamos desafiados, el reto está echado; ahora, a combatir, a luchar, a buscar a ese hombre hasta encontrarlo!...

Si a ese miserable de Pablo no le he contestado, es que me reservo todo entero para Manuel.

— ¡Adiós, y ruegue usted al cielo por él!

— ¡Miserable!—exclamó Eva, viendo salir al coronel.

Y luego, dirigiéndose a la señora, le dijo:

— ¿Y a este hombre querías entregarme?... ¡Estás ciega, te han fanatizado y la ruina va a venir a esta casa; nos está amenazando!

— No lo creas; al que ama a Dios, Dios lo preserva.

— Siga usted, madre, en su camino, siga usted; ya nos han querido sacrificar en un convento, ya nos han sujetado a ese martirio con una impiedad desconocida en el corazón de una madre, porque a usted la fiebre de la religión le ha secado el alma.

— ¡Impía, también impía!—gritó la señora.

— ¡No, yo creo en Dios y a él imploro; pero no creo en los que lo profanan y hacen de él un instrumento de venganza y de escarnio!

— ¡Ella! ¡Ella!—gritaba la Pantoja— ¡Me parece increíble!... Ese hombre la ha contaminado; ¡está perdida!

— ¡Ese hombre es leal, es honrado, no es asesino!

— ¡Piedad, Dios mío, para esta desgraciada!—exclamó la señora.

A los gritos entró Carolina que acababa de despedir a Pablo.

— ¿Qué pasa aquí?—preguntó asustada.

— Pasan cosas horribles—dijo Eva—: que ese miserable que acaba de salir de aquí, se ha atrevido a amenazarnos.

— Ha salido furioso; ni aun me ha saludado—dijo Carolina.

— Y por ese hombre quería mamá que yo olvidase a Manuel.

— No, hija, es el carácter de los soldados, yo quería tu felicidad.

— ¡Oh!—gritó Eva— ¡Tú no sabes un secreto espantoso!

— Habla, hermana mía.

— ¡Ese hombre, sin Dios y sin conciencia, ese soldado de la religión, ese hipócrita, vil, que tiende su espada bajo los altares para engañar a los incautos, ése, ése ha asesinado a Mario!

— ¡Jesús!—dijo Carolina, apoyándose en su hermana, porque se sentía desfallecer.

— No lo creas, hija mía—dijo la Pantoja.

— El mismo lo ha dicho; él se ha delatado en nuestra presencia.

Carolina se recuperó y furiosa como una leona, dijo a la señora:

— Sí, yo lo creo; pero ese hombre ignora que ya va tras él una sombra de venganza que tiene que envolverlo; se le buscaba sin conocerle; pero ya di con él; esta misma noche su nombre será registrado en una cartera y corra su destino... Estoy tranquila. ¡Mario será vengado!

— Sí—dijo Eva—; una lucha comenzada en el estrado de esta casa, va a desenlazarse en el campo de batalla.

Eva, dirigiéndose a la señora, le dijo:

— Así se exacerban las pasiones, así se lanzan los hombres a la muerte.

Mañana, cuando llegue a la tertulia la noticia de un hombre asesinado, todos se lavarán las manos. Todos sabrán en su conciencia, que son los autores de esa desgracia, pero nadie lo confesará; y esto está pasando en todos los hogares, y este